



LA MUERTE
TIENE CANAS

Caleb E. Rijos Narváez

LA MUERTE
TIENE CANAS



Primera edición: febrero 2021

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Caleb E. Rijos Narváez

ISBN: 978-84-18663-10-9

ISBN digital: 978-84-18663-11-6

Depósito legal: M-4625-2021

Editorial Adarve

C/Ros de Olano, 5

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para mi amado abuelo, Isaiás Narváez Santos, uno de
pocos que iluminó mi camino.*

*«La muerte es algo que no debemos temer porque, mientras
somos, la muerte no es y cuando la muerte es, nosotros no somos».*

ANTONIO MACHADO (1875-1939)

Invierno

Acabábamos de enterrar a Félix, mi hermano primogénito, dentro de un tímido y brumoso invierno; el frío que da paso a la primavera. Florén se trajeaba de luto, pero desde las casas, porque entendía que Félix era un muerto esperado. Caterina, su esposa, aún lúcida después de seis años de martirio, miraba con sutil atención la lápida escogida. Desapercibida del anochecer y de los recuerdos hostigadores que le llegarían, permanecía estática, arrugando su alma frente al socavón. Irma y yo, agarrados de manos, íbamos de camino al auto, despidiéndonos de un hombre lleno de sueños que quedaron colindando en la cima de su inédita lápida.

—Norberto, no recuerdo que le hayas dado comida al perro —dijo Irma.

—No morirá de hambre.

—Por tus despistes cualquiera muere de hambre.

Creerán que es una insensible, ¿quién habla de perros en cementerios? El ataúd, colocado entre las paredes que ojearon al primer Adán y al último, las que te verán a ti y a mí dentro de poco o mucho, pero nos verán; se burlarán

de cuán frágil somos ante la impotencia de un tiempo prepotente.

Del asiento posterior emergió la alucinación, y el hombre oscuro me interrogó de camino a casa.

—¿Aún?

—Aún.

—Evitarme es tan imposible como la esperanza de un muerto en el infierno.

—El borrador está hecho; tan pronto se culmine la edición sabes dónde buscarme.

—¿También exiges el lugar?

—Llévame desvelado, detestaría la opción de ser atropellado.

Nunca me ha simpatizado la entidad encargada del fin, pero era compulsorio reunirme con él; estaba loco por arrastrarme al restaurante de difuntos. En esa dimensión donde son extrañados los que plantaron importancia en el mundo mortal, y olvidados los que simplemente erraron buscando su propósito.

*

Irma alimentaba a Masón, yo me recostaba en la cama, aturcido por el vaivén de la muerte y los pronto a morir. Mi alma inestable no cesaba de mirar la perplejidad del acontecimiento, esa duda con pinta de permanente que carcome la paciencia. Los jóvenes lloran como lloran los perros abandonados por su amo; los viejos nos simpatizamos con el sarcasmo y la resignación de los débiles. A Félix, dondequiera que estuviese vagando, lo deseaba tan

vivo como aquellos días de juventud. Él era de aventuras prolongadas, aunque para él parecían diminutas, como una corrida de la luna hasta el cementerio donde residen sus restos. Era el padre que nos sustentaba, la mano samaritana que eliminaba la deuda de cualquier inversión. Nos arropó con las alas de su amor, pero nadie se encargó de obsequiarle techo. Así pasara un vendaval, él con todo y sus emociones desgastadas abría las alas de su preocupación para socorrer al desamparado. Félix, ateo de la muerte y creyente de la resurrección, no se veía como un hombre dispuesto a entregar su odre. Era conforme, aun siendo lastimado, un niño rasguñado por los males mortales del mundo. Detrás de esa sonrisa artificial vivió hasta perecer como un pequeño con 80 años de dolor. Su vida era de laberinto, todos nos perdimos buscando el eje de su mal. No lo salvó ni la comprensión de su amada Caterina. Un matrimonio que se vislumbraba a unos pies de la perfección.

*

El mío era como las cenizas de un fuego intenso encendido por un volcán de pasión. Aunque eran los restos de lo que una vez fue, aún amaba a esa mujer cruda y terca como ninguna otra. «Te amo, Irma» a veces le reafirmaba, pero ni su razón la hacía reaccionar. Pareciera que su amor se hubiera congelado en el hemisferio de la monotonía. Así fuera pura mentira, aceptaría el deshonesto «yo también», pero ni eso, mis hijos. Es como si su mirada insegura estuviera diciendo: «igual». Maldigo el «igual», es la clara resonancia de los amores falsos. «Igual»

es la rama que una vez expulsó frutas benignas, es la evidencia que hay alguna molestia emergiendo... o que todo se acabó. Y que solo queda el compromiso de compañía. Pero... ya éramos dos viejos hartos, quedando sentados en la fila de la agonía, esperando el momento... el eterno abrazo del viejo ese.

*

Marilyn y Paula vinieron a visitarnos, costumbre de los domingos. Marilyn siempre llegaba arrastrando las frustraciones de la semana, por eso vivía dedicada a fiestas y al consumo de los rones predilectos. Era fiestera, pero su corazón estaba lacerado. Vivía aturdida, aferrada a las desilusiones y con dos hijas. Por el contrario, a Paula, igualmente madre de dos niñas, le importaba un bledo andar en fiestas o bullicios; sin embargo, no se cohibía de ir, si con ello podía eliminar las imágenes exorbitantes de su intrínseca soledad.

—Bendición ¡papá! —dijo Paula, arrimándose a la mesa plegadiza con entremeses, mirando qué elegir.

—Dios te bendiga, mi benjamina.

—Bendición ¡papá! —dijo Marilyn con un beso fugaz para terminar sentada junto a su madre, vecinadas a la entrada del garaje, sobre sillas plásticas enderezadas hacia el cementerio.

—Dios te bendiga, mi princesa.

Era una obvia división, sin disimulo, era la incomodidad de la desértica relación entre mis hijas. El oasis, allá en la lejanía, conservaba el agente del perdón, la restau-

ración que demandaba el vínculo de la sangre. Soberbia, altanera, Marilyn moldeaba huellas en cualquier rincón.

—Te juro que veía a tío alcanzar los 90.

—Yo también, pero el cáncer de su depresión lo carcomió hasta desgarrarle la vida.

—¿Cómo estás, papá? Te noto más en *shock* que triste.

—Pues... el dolor te marca cuando el corazón es joven, pero ya este viejo ha recibido golpes duros.

—Eso dices... pero Félix, al parecer, escala por encima de todas tus pérdidas.

—Tienes razón...

Paula me plasmó un tierno beso en la frente, como lo hacía desde pequeña.

—Sé que llorarás a Félix todo el tiempo, pero no olvides a tío Álex, él depende mucho de ti.

Paula hablaba con la razón. Álex, mi hermano menor, el más sensible de los cinco, era el dependiente de mi presencia. La muerte tiraba los dados de la elección, y Álex y yo, atrincados como forajidos, pero de modo reversible, nos mataba la sensación de ser los reyes del mundo, y no los finalistas. Si la muerte fuera cronológica hubiera sido el próximo, mis 78 años eran suficientes para ganarme el trofeo del cielo eterno.

Intenté incluir a Irma y a Marilyn en la nueva conversación, pero sonrieron falsamente con el lenguaje corporal del cordial rechazo. Rencorosa como la madre, absorbente de memorias grises que acababan de pudrir su honestidad y su nobleza que una vivió en su prisión por carne, Marilyn ignoraba la importancia del diálogo.

—Increíble, ah...

—¿Qué, papá?

—Que tu hermana te siga achacando en silencio su divorcio.

—Ay, pero qué tema viejo...

—Los temas son viejos para el tiempo, pero sus efectos no envejecen.

—No quiero hablar de eso, papá.

—Algún día tendrán que sentarse a matar ese veneno, antes que acabe con ustedes. Hoy es Félix, mañana es Irma o yo... o tío Álex.

—¿Qué dices? ¿Hablas de morir?

—Sí, quizá no demos abasto por los próximos meses... y me heriría, aun como cadáver, que vivan con rencillas.

Como todo domingo culminante, Marilyn nos daba el beso, se despedía ajena a la presencia de su hermana y emigraba para la casa. Irma se montaba en la barca para bañarse. Paula y yo nos íbamos al frente de la marquesina a contemplar las estrellas a exponerse.

—¿A quién extrañarás más de todos tus hermanos?

—Sabes la respuesta, mi benjamina. Félix fue el padre de los cinco. Papá no era más el dueño de esta casa, Félix nos crio.

—Me duele nada más pensar... que el tiempo va muy deprisa.

—Te prometo durar más que esta muchedumbre de estrellas.

—¿Más que el sol?

- Así es, infinito: contemplaré el juicio final y todo.
—Vaya ¿le cargarás la nube al Cristo?
—Aún no estoy en esos rangos, pero verás que vendré en compañía de ese ejército divino.
—Déjate de disparates, viejo, ja, ja, ja.
—Ay, Paulita...
—¿Qué, papá?
—Que la vida me regale más de lo que me reste.

Me abrazó sentada, lagrimeando a tempranas el dolor que ha de sufrir en mi partida, arrojados en la desnudez del cielo eterno, en el techo donde pisan los muertos, donde camina Félix, en algún rincón del prometido paraíso.

*

Era más importante visitar al muerto que atender la sed. Ignoré mi café mañanero, cerré la puerta y seguí directo al cementerio, lentamente, divagando en mis pensamientos. «Ahora no vengas a caer en depresión. Félix murió de eso» me dijo Irma. Si no era mitigando sus obras, era maldiciendo las acciones de otros. No digo que no tenga razón, pero cada acción se debe de alinear a momentos específicos, al menos, así es mi esquema de vida. No era recíproco el odio, yo la amaba como tórtolo deprimido. «Querida... no es momento de pensar en enfermedades del después. A Félix lo enterré ayer». Para esquivar el pleito, todo se lo decía con el amor de un niño, rindiéndome con expresiones contundentes, pero adornadas de risita artificial. «Pues, ya que te vas, cómprale

comida al perro, no pretendo darle de la comida chatarra que le traes a la medianoche». Me ajusté la corbata, tomé el aliento de los valientes y miré el cementerio.

Por el vecindario jugaban los traviosos González, los únicos gemelos y niños que jamaqueaban la serenidad campante del próspero vecindario del este. Estaban de guardia, parados e interrumpiendo el alba, frente a una multitud de lápidas, fumando cigarrillos artificiales con la vista concentrada en los que por ahí entrasen. Era recíproco el respeto y estaban conscientes del dolor que acogía a mi familia.

—Buenos días, viejo —dijo el gemelo rechoncho.

—Buenos días, juventud.

—Mis condolencias, señor Cruz —dijo el otro, el flaco, el más conmovido de los dos.

Con ojos de pesadumbre, agarraban las rejas como presos, acompañándome en mi paso. Descansaban el rostro entre ellas, como si ambos representaran la tristeza que sentirán aquellos a quienes conmoví con mis libros, mis oratorias de verano o mis clases de literatura. Luego se fueron a correr las bicicletas de la Navidad por el largo callejón del olvidado rincón del parque, la avenida en luto, la del cementerio.

*

Atardecía, aún Félix yacía, permanecí parado intentando procesar el acontecimiento. «Estoy ajeno a lo que suplicabas, pero si le demandaste a Dios un vendaje para la severa magulladura que iba a dejar tu muerte, pues...

me ha protegido tan bien que no siento desgarrarse mi alma, pero dile que me deje llorar... no quiero mentirme más».

Dejé dos rosas blancas por cumplimiento, porque los muertos siempre las piden; aprecian más el detalle que un naufragado en desamor.

Le importaba muy poco, a Irma, mi hora de regreso. Quizás adulteraba con el televisor o le hacía el amor al odio, a esa alteración lóbrega vestida de escenarios imperdonables. Júzguenme de inseguro, pero esa distorsión por sentimiento era amante de las viejas amargadas, a señoras que se privan de sonreír hasta el falso regocijo. Irma era una mujer estricta con su higiene personal, siempre dando a oler las fragancias más lujosas del mundo, una beldad con la piel como nieve y algunos rasguños de sol. En esos años de rebeldía nos casamos, y a diario volvíamos a casarnos con tal de no rompernos hasta la desilusión. Cuando el nido fue abandonado la noche se tornó fría, la fogata se esfumó y las cenizas permanecieron. Vivía temiendo la petición del divorcio, pero los años me han dado a entender que ella vivía harta como yo, acoplada a fuerzas que nos llevarían al final de este camino. «La salvación es individual», solos quedaremos...

Aquí estoy, creyendo que la muerte nos separaría y nos separa la vida. Quizá la muerte se embriagó y le otorgó a ella ese poder tan odioso.

Llegué, apenas entré.

—Si tienes hambre, hay dos pedazos de pizza en la nevera —dijo Irma desde la sala.

—Mi hambre está de vacaciones.
—¡Pues no te los comas, malagradecido!
—Agradezco que los hayas conservado.
—¿Compraste la comida del perro?
—El perro tiene suficiente hasta la semana siguiente,
y no es él quien perdió a un hermano.

—Supéralo, la vida sigue su ritmo ¿o me equivoco?
Definitivamente me había dejado de amar. Solo me acompañaba la sombra de la niña que se columpiaba conmigo en aquel parque. Dos almas genuinas destinadas a morir con un crudo final. La divisó mi decepción, mientras ella enflaquecía una paleta de fresas en el sofá.

—¿Qué pasa? —dijo con la paleta al aire de manera repugnante.

Retuve mi aliento, y subí a la habitación para tratar de desbordar el mar que retenían mis ojos. Esa noche Paula me llamó, y cuando atendí la llamada se activó la linterna del teléfono. Irma murmuró las maldiciones de los brujos cuando la luz alumbró sus orejas albinas de chavala, interrumpiéndole su sueño.

—¡Apaga esa basura! —dijo, cubriéndose con toda la sábana.

—Es tu hija.

Aún bajo la soberanía del sueño, fui con todo y mis torpezas hacia el balcón, respirando como un fatigado pecador ocultándose del fuego.

—Dime, Paulita... ¿qué sucede?

—Ay, papá, esto es muy difícil —respondió con voz quebrantada.

—Toma tu aliento... respira... y me dices.

—Es tío *Álex*, *pa*.

Me sentí abatido. Incliné la cabeza, me senté sin medir la altura del asiento, cortando los alientos que reclamaban optimismo, que decían que nada sucedía, que era solo un susto.

—¿Qué pasó, Paula?

Y fue allí mismo que morí despierto.

—Murió de un derrame cerebral.

El teléfono era el intermediario de dos corazones recíprocos, llorando el peso de dos pérdidas.

—Papi... dime algo, por favor —se le trababa la voz, el llanto le torcía la lengua y sus lágrimas empapaban mi dureza; el ateísmo de la muerte me secuestraba el presente.

—Te... llamo... mañana, hija.

Colgué la llamada, me tiré sobre el recuadro de plantas y lloré con pujanza todos los millones de recuerdos que recopilaba en mi viejo corazón. Irma, de pie, me miraba sobre el último escalón del balcón con la pena de una mujer empalagada de la muerte. Caminó a mi encuentro, abrazando no solo mi cuerpo, sino al niño que fallecía lentamente en mí. Sus brazos reconfortaron mi desconsuelo, pero ni su acto de buena voluntad detuvo mi sollozo.

*

Félix, Nataniel, Alberto, *Álex* y yo crecíamos a la vez sobre los escalones de las memorias. Así era la

imagen que atentaba contra mi coraje de levantarme del pastizal.

—Vamos a la sala —decía Irma, tomando el rol de sargento.

Me sostenía extendiendo el brazo alrededor de mi espalda. Me acomodó en el sofá con sábana y almohada hasta hacer una llamada de emergencia a Marilyn. Esa noche soñé que los cinco jugábamos, y cada rostro que miraba se desvanecía, hasta llegar a Álex, quien se despidió con la sonrisa tímida de siempre, gestando un adiós de angustia, consciente que me quedaría solo, como estaba planificado desde mi nacimiento, desde el nacimiento de todos.

*

Marilyn llegó a casa luego de una semana de congoja. Ya Paula me visitaba a diario; no la culpaba, tenía un miedo con antifaz a raíz de las pérdidas. No se le hizo funeral a Álex. Su único hijo insistió en la cremación, como lo dispuso mi hermano. No presentía una depresión. El hecho de saber que pronto nos reencontraríamos me daba paz, similar a la que sientes en un templo. Era un vaivén, una montaña rusa de emociones. Una trifurca entre enemigos, aliados y héroes, combatiendo en una lucha por la felicidad. Mi pelea interna era así, no podía evitar la lágrima espontánea, pero tampoco me destruía como los que yacen sobre un desamor eterno.

—Hola —dijo Marilyn, cerrando la puerta como si entrara a un antro cualquiera.

—Al fin llegas —dijo Irma, bajando las escaleras arreglada como si fuese a salir a algún evento de importancia.

—Saludos, hija —dije, encendiendo el televisor.

Escuché el murmullo acerca de mi salud entre Irma y ella, como si las pérdidas no fueran tan pesadas como para salir a pasar el tiempo en negocios de algarabía.

—Papá, vamos al parque ¿quieres ir?

—¿Qué hay tan importante allá que entretenga más que cuatro hermanos muertos?

Quedaron paralizadas, para luego decir:

—Pasó una semana y todavía no lo superas —susurró Irma. Marilyn haló a su madre a la fuerza, en un gesto de regaño. Era una constante injusticia la que proyectaban, no comprendían el peso ni la cercanía de mi dolor. Se fueron a celebrar el obsequio de vivir mientras yo esperaba a Paula para tener un poco de sosiego después de la partida de Álex.

La llegada fue interrumpida por una sombra espesa. Se paró frente al televisor como gigante de autoridad.

—Estás cubriendo el partido más importante de la televisión.

—No puedes seguir esquivándome, Norberto —afirmó con su voz de locutor mezquino.

*

Era a nuestra imagen y semejanza, lo destacaba el constante movimiento de una luz muy roja. Su anatomía humana se prestaba para no incomodar a quien lo veía, pero aún así su semblante ausente y su tono de otro

mundo resaltaban su rareza. Él rasguñaba la esperanza de todos los viejos, nada más con su presencia llenaba el aire de pánico. Para mí era como el efecto de mi angustia. Le grité que se saliera, pero se impuso cuando continuó hablando.

—Cuatro hermanos, y solo uno alcanzó el paraíso.

La tele tornó a ser un mueble más, y olí el sulfuro de sus palabras y cuán acertadas eran. No mentía.

—¿Qué dices?

—No repito lo dicho. Considera esta extensión de tiempo nada más que un obsequio de la piedad divina. Llegará un último otoño.

*

Me encontré en el cementerio añorando la memoria de los míos, consciente de la lejanía de su regreso... consciente de que no volverán.

—Tú sí que fuiste un miedoso, le temías hasta a la carne roja; pidiendo lo mismo en los restaurantes, ya las comidas te elegían — dije, echando una risa.

—Era obligatorio, ya no se trataba de deseos o de platos diferentes, ya el plato te miraba a los ojos y te decía: ¡A mí, a mí!

—Siempre terminabas en ese maldito restaurante. Sabrás que mañana iré con Paula. Pediré el mismo plato en tu honor, aunque así saque aparte las tocinetas esas de cartón —me amparé en la llovizna, y de la nube grisácea descendió la pesadez.

—Alex murió, sabrás.

Bajé la cabeza.

—Desconozco si es un rumor, pero me afirmaron que solo uno avista el paraíso. Ahora miro los cielos y no imagino a ninguno de ustedes gimiendo de aflicción... a ninguno, no lo merecen. Espero con el alma desgarrada, hermano... que estés en la mejor travesía divina, entre palacios extensos y avenidas de oro —recogí mi corazón, y la nube me obsequió vientos tibios y la detención de sus lágrimas. Me caminó a casa y volvió y retomó su camino, lagrimando en luto todo el este de Florén.

*

Había fiesta en el parque y algarabía por todos los rincones, menos en el este. Se vanagloriaban en las casas, convenciéndose que su presencia de valor no era para prestarse en bullicios de comunes. Yacían todos bajo el atardecer, esperando para llenar la madrugada de perfumes costosos, rociados en las brisas frías del invierno. Al menos los otros brazos de Florén no vivían esclavizados a lo superficial.

Paula se arrimó al sofá, desprendiendo el aliento agotado, murmurando palabras de cansancio. La ausencia de las nietas relucía la cobijada verdad: aquella morada de condolencias y mala suerte no era un recuadro seguro para niños, porque en casa se paseaba la nube de la pesadumbre. Irma no soportaba el calor de mi melancolía en medio de aquel invierno intenso, pero no culpo su mecanismo de defensa ni su desprecio; quizá sentarse y acomodarse a entenderme era vestirse de un otoño gris. Era inevitable. Mi alma despertaba aprisionada en una pesadilla que al final me laceraría.

Paula había traído hamburguesas y papas, me las harté hasta no poder más. En mi vida había comido una hamburguesa tan saturada de grasa. Me dejó como si hubiera aumentado diez libras, cinco de depresión y las otras de toxinas.

—Tengo que dejar este desafío —dije, manoseándome la cima de la panza.

—¿El desafío del intestino? —dijo Paula, a punto de carcajear.

—El desafío que me pones con tanta comida chatarra que me traes.

Nos reíamos como dos ebrios contándose experiencias que nunca pasaron, se valía contarse los embustes más obviados del mundo. La marquesina era nuestro espacio personal, la intimidad de nuestra relación tomaba lugar bajo el azul del cielo y el adorno del pequeño astro. Marilyn dejaba a Irma frente al caminito de piedras chinas y margaritas africanas en la entrada de casa, ambas sin echar el ojo a nuestras posiciones de jóvenes dramáticos buscando qué contemplar para matar las horas.

—Hoy lo vi de nuevo.

—¿Félix?

—A la sombra.

Capturada en escalofríos, con sus ojos saltones, miró hacia el callejón difuminando el alba de su sonrisa.

—Ay, papá, ese demonio es muy devoto —Paula me recalaba que el hombre sombrío se había hastiado del infierno, convirtiéndose en un prófugo terrenal con el pretexto de vigilar a quien le tocaba escuchar las palabras

de salvación. Yo no era el más dado al fanatismo espiritual, pero Dios vivía presente en mis calumnias y en mis oratorias de mentor generacional—. Vivo sola y tengo dos niñas, háblame de hamburguesas o de las estrellas que no se han presentado hoy, de sueños y despertares.

—Paula... la vida se está cansando de despertarme.

Era el próximo, no restaba un hermano más. Yo era el mayor y el menor, el último de mi generación. Mis hermanos, mis primos y todos los que vivieron antes de mí viven en áreas que el mundo no nos permite apreciar con la vista, sino con el intelecto; la cruda realidad que Paula se rehusaba a comentar.

—Papá, si asumes este ánimo, te morirás antes que la misma muerte te busque.

—Tienes razón. Pero es inevitable pensar que en cualquier momento el sueño sea una realidad.

—Mira el cielo, las estrellas... todo lo que hay allí arriba. Olvídate por un segundo que tienes canas y que la muerte es tu próximo amigo... en fin, es solo una travesía que todos pasaremos.

Se abrazaba a mí, refugiando su pelo de india, del viento que de pronto azotaba con ráfagas silentes. Apagaba los ojos, valorando el hecho de que aún podía sentirme vivo, que aún vivía en carne y hueso en la tierra de los que existen. Su gesto me enterró un cuchillo en el alma, invocando un llanto secreto por cómo quedaría su vida cuando mis alas vayan al alto cielo. Incliné la cabeza sobre la suya con tal delicadeza que la armonía de los dos manifestó su poder. Provocó que emergiera la paz de la

que carecía por el miedo de desaparecer antes de lo que pensaba.

*

No sé qué sueño le prestaba el dormir, pero el mío era el de mis hermanos. Eran rostros agraciados, un bullicio familiar en el parque, árboles verdes, pequeños y gigantes, las carcajadas compartidas y un papá muerto, un funeral vacío, imágenes vinculadas al sueño, una melancolía rastrillándonos como hojas del otoño. Quizá Paula me soñaba guardado en el ataúd, enterrado por pocos amigos y desenterrado por hipócritas ausentes. No tenía por qué preocuparme de otro muerto: el próximo era yo. El hombre sombrío lo dejaba en evidencia, era yo el próximo, sin duda alguna.

*

Un viejo colega me visitó un lunes de cementerio. Irma le había notificado que andaba por allá hablando con fantasmas. Era Óscar, un profesor truquero que daba la mala nota si te ausentabas, así fuera porque tu madre hubiera muerto. Venía con su cojera, con las manos ocultas en los bolsillos del gabán. Estaba siempre de gafas, como intimidando a los que lo observaran.

—No sé si debí visitarte hoy —dijo, acercándose a la lápida. Nos abrazamos como dos panas separados por años—. A la verdad que estamos feos, Norberto —dijo.

—Dime dónde consigues las gafas para hacerme de guapo también —echamos una risa—, y puedes acompañarme si deseas hablar con fantasmas.

Se sentó sobre una lápida anónima frente a Félix, fumándose el tabaco de todos los sábados de filosofía.

—La doña y las hijas ¿cómo andan?

—Irma pronto busca la pala y me entierra; Marilyn continúa rencorosa, y Paula... pues ya sabes cómo es la benjamina. Todo igual.

Nos pusimos a caminar entre esqueletos y sueños rotos, entre lápidas y ataúdes. Seguía el atardecer magnificándose en melodía, seguían los muertos durmiendo en el cementerio. Hablábamos lo que muchos viejos que se conocen hablan cuando se encuentran: recuerdos y episodios que no regresan a su origen. Entre el sol abrasador y los árboles quemados por el invierno, ambos sentimos cómo la muerte caía como gárgola sobre cada lápida. Nos observaba de puntillas todo el recorrido que concluiríamos en la verja de entrada.

—¿Te quedas para un partido?

—Mi esposa me espera temprano. Hizo un postre maravilloso. Hay que apreciar lo que aún tenemos, amigo. Por ejemplo, venía de visitar el lugar de artesanías del parque y decidí visitar al mejor escritor de aquí de Florén.

—Lo que queda de él, mi amigo.

—Te veo, Norberto. Wilson y Gary te envían saludos...

—Mis saludos a ellos también y un abrazo.

Y la visita fue fugaz, una memoria más. Así era este tirijala entre la vida y la muerte, dejando perplejos a los

que estábamos primeros en la lista. Óscar dialogó como anciano sin importarle la venida de Cristo; «si hoy desciende, pues ascendiendo hoy». Era hijo único, no venía matándose la mente con primeros y últimos. Me había notificado que Wilson estaba de cama y que Gary se martillaba la existencia afirmando que pronto se le iría su gemelo. Así estábamos los viejos que en la juventud no nos poníamos límites, inconscientes de los pellejos venideros que matarían el fulgor de nuestra piel. Éramos los sabios, los narradores de anécdotas improbables a darse. Nada era como hoy. Un viejo inconsciente diría que el afán del próximo día le pertenece al mañana, pero cuando las canas brotan y los bastones se usan, ya vienes resignado a que en cualquier minuto te desprenderás del barro que Dios con perfecta paciencia te moldeó.

Paula me llevaba a su diminuta morada, tenía una cita de amor y solo yo estaba disponible para cuidar de las nietas.

—Voy a estar por los negocios frente al parque, nada lejos.

—¿Será que aquí no existe otro espacio para encuentros, además del parque?

—Bueno... están los bohíos en el oeste, si quieres nos ponemos los taparrabos y andamos ¿qué crees?

—Ja, ja, ja, si te prestaran oído los del oeste, serías su enemiga.

La prohibición de ir a su apartamento era inquebrantable, era el antiguo hogar de Félix. Los muebles eran flamantes y la pintura de un color refrescante, nada se

escondía. Recuerdo el diseño de cada mueble, cada ánimo aparente, cada charlatanería de mis hermanos. Era como recorrer un redondel de nostalgia, pedaleando, sin detenernos por toda la vida compartida y verlo todo más despacio, sin la ligereza que el tiempo obliga.

*

Nilsa y Gabriela eran tímidas, nobles e inocentes. Nilsa, la mayor, era una Paula pequeña, resplandeciendo en una sonrisa de inspiración. Gabriela, de ojos aceitunados, era como su papá, Joel. Hizo a mi hija feliz por siete años, pero fue un descarado con Paula poco tiempo después. El bar y la mentira se aliaron para hacerle el favor de no tener compromiso con la crianza de las pequeñas.

—Mira, abuelo —decía Gabriela, mostrándome una espectacular obra de arte.

—Tremendo, Gabrielita, en unos pocos años serás mejor que el mismísimo Dular Conil.

Trataba de sumergirme al laberinto de Gabriela, retomar aquella inocencia perdida. Perdón, no retomar, más bien tomarla prestada por dos días o tres.

—¿Abuelo? —dijo, mientras le apretaba los cachetes. Su mirada errada, paseándose entre la consciencia y su antónimo, era la respuesta mayor de que aún no había cumplido su viaje a la realidad. No me miraba despavorida. Desconoce que mirar fijamente ocasiona incomodidad. No entendía que yo moría y ambicionaba vivir más tiempo.

Gateó por la alfombra, en búsqueda de qué hacer. Solo gateaba en pretensiones de una aventura sin final.

Nilsa, ya inscrita a la adolescencia, la cargaba como si fuera hija suya, cantándole canciones de cuna. Me acordó cuando Marilyn dormía a Paula. Mis hijas, ahora ajenas a mi profundo dolor, no entendían la pesadez de su riña. Tan pesada como una lápida. Eran 1000 libras que Marilyn escogía colocarse en su bulto invisible. Paula, al otro lado, vivía consternada con la situación, pero sin agravantes serios. Nilsa adormecía a Gabriela en el último cuarto del angosto pasillo central, momento en que el hombre sombrío emergió como perezoso, mirando la televisión.

—¿No te cansas de ser inoportuno? —le dije, domado por los poderes de la siesta.

—No sé de cansancios, pero hablando de ello, estaría agotado de apresurar tu despedida.

—Me prometiste una extensión, las entidades no deben de equivocarse.

—No te halagues tanto, tus extensiones son de años, las mías, de días.

En el silencio de la antecámara, se oían los pasos livianos de Nilsa ir al comedor.

—¿Cuándo?

—*Iniciando el otoño —y, antes de esfumarse a la división de lémures y otros peregrinos del mundo subyacente, se paró del sofá, estableciendo mi fin y añadiendo a eso una vida más—. Desde el tribunal divino se autorizó la partida de su primogénita en la primavera, antes que tú perezcas en el callejón.*

—¿Cómo? No... esto no puede ser ¡esto cierto no puede ser!